

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Conversaciones

Alfonso Martínez Córdoba

PRÓLOGO DE ROBERTO ROCK



en este libro que muestra, más que entrevistas aisladas, un mosaico de voces colmadas de contrastes y matices que nos hablan de las visiones que mantienen viva la grandeza de México.

Rafael Tovar y de Teresa, Paraíso es tu memoria

En esta primera conversación del libro, me acerqué al historiador, escritor, diplomático y, como todos sabemos, gran reformador de la cultura en nuestro país, para hablar de su primera novela, *Paraíso es tu memoria* (Alfaguara, 2009), que escribió a lo largo de muchos años en la gestión pública y durante sus estancias como embajador en otros países.

Se trata de una novela única que desentraña muchos momentos poco conocidos del porfiriato y que nos muestra el día a día de las familias que controlaban las empresas que en gran medida modernizaron al país.

Rafael Tovar y de Teresa nos ofrece un espejo de lo que fue parte de la vida de un sector de México a principios del siglo XX, además de hacer una contribución al abordar un tema como el de los privilegios internos del porfirismo, no en el nivel de las empresas, sino familiar, el cual, al ser satanizado durante muchos años, representaba una laguna en nuestra historia.

—Rafael, leemos tu primera novela, en la que incursionas tras haber estado en el servicio público y en el servicio diplomático de México, por citar algunos de tus encargos. Me inquieta una cuestión: ¿cuándo tuviste tiempo para escribir esta novela? ¿Cuándo, con todas tus ocupaciones, hace unos meses como encargado de la Comisión del Bicentenario, después con muchas actividades en el sector cultural? ¿Cuándo empezó esta tarea como escritor?

—De alguna manera, esta recolección de recuerdos, de historia oral, de historias familiares, unas que pasan por el tamiz

del recuerdo y otras por el tamiz de la imaginación, las traía yo acuñándose en mi cabeza desde hace muchos años. Empecé toda la trama como un cuento, y un amigo escritor, cuando se la leí, me dijo: “Pues mira, yo creo que esto da para una novela; lo puedes ampliar fácilmente a lo que podría convertirse en una novela de corte medio, que sería más allá de lo que es el relato breve, o lo que los franceses llaman el *nouvelle*, es decir, la novela corta, etcétera”.

Entonces la empecé a trabajar desde hace muchos años, pero me vi impedido en su publicación y consiguientemente del estímulo de terminarla porque tuve varios cargos públicos en el momento. Empecé mientras tenía el encargo de la Embajada de México en Francia, y al poco tiempo de haber regresado entré como director general del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), luego como presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta); de tal modo que se me hizo que había prácticamente una contradicción y un conflicto de intereses: que el representante o el titular de la política cultural de nuestro país pretendiera convertirse en un creador bajo su gestión. Entonces este conflicto lo resolví no publicando mi obra hasta un momento más adecuado. Al final de mi gestión como embajador en Roma me dije: “Bueno, voy a regresar a México”, y no tenía ninguna intención de volver al servicio público. En ese entonces tuve contacto con la editorial Alfaguara; leyeron la novela, les interesó y me ofrecieron publicarla. Sin embargo, al poco tiempo tuve el encargo de la Comisión del Bicentenario, y la novela de nuevo entró al cajón. Ya cuando renuncié a la Comisión pensé que era el momento para publicarla. Tenía toda la libertad y asumí plenamente el hecho de la obra —no digo la palabra “escritor” porque eso vamos a verlo con los años—, tras un camino recorrido en los organismos culturales.

—Entonces, Rafael, en esta novela retomas muchas anécdotas de tu propia familia.

—Ciertas anécdotas son como un retrato de ciertas familias, de algunas familias que tenían todos los privilegios al final de

la época de Porfirio Díaz; muchas de estas personas gozaban de ellos desde mucho tiempo antes, otras los crean en el siglo XIX. Viven de un modo que desaparece por completo en México; la Revolución borra ese estilo de vida. Creo que muestra uno de los problemas endémicos de nuestro país: las desigualdades, que a final de cuentas nunca se resuelven. A principios del siglo XX, antes de la Revolución, había unos cuantos que tenían mucho, frente a unos muchísimos que no tenían nada. Durante el mismo siglo XX surge una clase media, surge educación, surgen las comunicaciones, surge el tema de la salud, etcétera, y de igual forma podemos contar a muchos que no tienen nada y unos pocos que sí tienen muchas facilidades; esta constante en nuestro país la vemos como un espejo de lo que fue la vida a principios del siglo XX, durante los últimos años del porfiriato. De esa época retrato a varias familias que por razones personales conocí; algunas de ellas están vinculadas a mí de forma consanguínea. Quise presentar lo que era la vida cotidiana.

Otro amigo escritor me comentó que se puede leer como un eslabón perdido de lo social, que nos permite entender lo que fue el final del porfiriato desde la visión de estas personas, de estas familias. Eran familias que tenían mucho contacto con el extranjero; pasaban largas temporadas fuera del país. Yo leo esta época con nostalgia, pues me tocaron ya sus momentos finales, con cierta melancolía de algunos personajes que conocí y que fueron cercanos a mí. Trato de reivindicar ese momento. Me parece que es un claroscuro de nuestra historia que sigue en revisión. Creo que se vale narrar esa transición desde el ángulo literario: aquello que fue, aquello que no fue y aquello que pudo haber sido.

—Estas familias se hicieron más sofisticadas adquiriendo patrones culturales de otras latitudes, e iniciaron el proceso de intercambio cultural global con Francia y con algunas otras naciones europeas. Independientemente de lo positivo que resultó el movimiento revolucionario y la posibilidad de generar mejores condiciones para otros sectores sociales, ese sector que acumuló capital

y cultura nos dejó un hilo conductor que llega hasta el día de hoy. ¿Crees en esta afirmación?

—Había una característica en esas familias: daban un enorme valor a la cultura, a la lectura, a la formación, incluso a la espiritualidad. Eran personas muy apegadas a la religión; a lo mejor ahora lo apreciaríamos como arcaico, pero era un sentimiento sincero. En muchas ocasiones fueron patrocinadores de grandes músicos, de poetas, de artistas, de intérpretes, etcétera. Había una tradición que unía a este tipo de familia y que, en el curso del siglo XX, y a pesar de haber perdido los privilegios materiales, se mantiene esa costumbre y ese gusto colectivo, de tal manera que surge una especie de mitología familiar cuyo elemento de cohesión en buena medida, es la cultura. Esto es parte de lo que pretendo narrar en la novela.

Hablo mucho de música porque, en el caso de la familia de mi novela, todos tocaban un instrumento, a todos les gustaba; en la propia casa tenían un teatro. Los grandes artistas que venían a México daban conciertos privados en esa casa. Aun cuando eso significaba un privilegio, era también el desarrollo de una sensibilidad particular que se convertía en un valor dentro de esa familia.

Ahora, en la novela también me refiero a otros sucesos que ocurrieron durante el siglo XX: la renuncia de Porfirio Díaz, el golpe de Estado de la Ciudadela, la cruenta presidencia de Huerta, los años de Carranza en el poder, la llegada de los ejércitos constitucionalistas una vez que sale Huerta del país... Es posible que esté tratando temas que no han aparecido en la narrativa mexicana; lo digo sin pretensión. Creo que la vida cotidiana del porfiriato, sobre todo de ese sector, no está recogida en las letras mexicanas. Considero que hay extraordinaria novela de la Revolución mexicana —género escrito por algunos de sus contemporáneos, como Martín Luis Guzmán con *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente*, o Mariano Azuela con la primera de ellas, *Los de abajo*—, hasta llegar a obras posteriores, como *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes. Mi novela no pretende ubicarse dentro de esta clasificación.

Creo que hay una pequeña contribución, pues narra un mundo que, al haber estado satanizado el porfirismo y los privilegios ligados a él, nadie que tuviera información directa de él se había atrevido a describir. Eso es lo que he hecho.

—Llama mi atención, pues haces un recorrido por esta etapa que todo mundo omite normalmente en la historia de México: la presidencia de Victoriano Huerta, un personaje sin lugar a dudas con muchos episodios oscuros, pero que nos cuesta trabajo reconocer que la sociedad mexicana en su momento, sobre todo en la Ciudad de México y en ciertos sectores culturales, lo aceptó de buena gana durante los dos años de su gobierno. Creo que es importante que le demos luz a este episodio en la historia de México, porque venimos de muchos años en que se orientó el reflector a la parte grandilocuente de los campesinos, es decir, un solo fragmento de la historia. Esta parte que cuentas en Paraíso es tu memoria es relevante, y la enfocas en un punto muy positivo; no todo era negativo en aquella época: el rescate cultural es herencia de estos años. Y de ahí viene el hilo conductor que ha marcado nuestro presente cultural.

—Victoriano Huerta es un personaje con una de las páginas más oscuras de nuestra historia. Tan sólo mencionemos el asesinato de Madero, que para Huerta fue el último intento por mantener el orden establecido, el regreso al viejo régimen. Los hacendados, los terratenientes, los ricos de esa época apoyaban a Huerta; ¿por qué? Porque pensaban que a través de él se instalaría de nuevo el mundo porfirista. Y no ocurre así porque muchos medios de expresión, y no sólo de expresión, sino de beneficios sociales, estaban vedados; se contuvieron durante el porfiriato, aunque explotan durante el gobierno de Huerta, y ya el orden no puede volver a ser lo que era cuando el país se encontraba incendiado de norte a sur. Sin embargo, Huerta tuvo un gabinete espléndido, con algunos de los grandes escritores: Federico Gamboa fue su canciller; como secretario de Gobernación eligió al doctor Urrutia —se cuenta que es él quien le corta la lengua a Belisario Domínguez—, y como secretario de Relaciones Exteriores puso a Querido Moheno. Como ves, era gente muy destacada y es

posible que se dieran cuenta poco después de la verdadera personalidad de Huerta. En cada uno de los ministerios hubo seis titulares en tan sólo dos años; no logró el reconocimiento de los Estados Unidos, sobre todo por la llegada de Woodrow Wilson, que sí obtuvo Carranza, quien llegó a la capital poco después. Huerta sale del país en julio de 1914. Creo que es un momento importante para conocer, pues permite entender la Revolución en la Ciudad de México, que en la capital no había prendido. Al llegar los constitucionalistas a la caída de Huerta, la Revolución se convierte en verdad en un fenómeno nacional. Huerta representa la etapa de sangre de la Revolución, la primera de esta contienda; con Francisco I. Madero es la etapa de la lucha democrática, de las elecciones, del triunfo de Madero y de su lucha por imponer sus principios. Después el mismo Madero se enfrenta a factores difíciles de vencer: 1912 marca una época de grandes ataques para el gobierno y la figura de Madero, tal vez porque el país nunca había tenido tal libertad; pequeñas luces que nos permiten entender también el porfiriato y el proceso revolucionario.

—*Haces un recorrido ligado a la cultura en tu novela, pero particularmente a la música. Me imagino que debe ser un gusto personal.*

—Es mi pasión y probablemente la asignatura pendiente de mi vida. Me entusiasmaba profundamente la música y empecé a tocar el piano. Me gustaba tanto oírla que las horas que debí dedicar al estudio las dediqué a escuchar discos. Era todavía muy niño y estaba todo el tiempo con mis discos; iba a los conciertos; la relación que tuve con un tío hermano de mi abuelo fue la de ser mi compañero de conciertos. De alguna manera se encuentra en la novela y es una relación que une dos generaciones de esta familia. La vida de ese adolescente del libro se encuentra siempre ligada a la música, hasta 2004, en que termina el texto. Los últimos capítulos se desarrollan en Roma, alguno más transcurre en París. Describo un poco la vida en esos lugares y por ahí todos los temas vinculados con la vida, como el amor; hay dos historias de amor.

La muerte es un tema que se encuentra de forma permanente en la novela.

—*Rafael, ¿no coincides conmigo en que los seres humanos vivimos de la nostalgia?*

—Absolutamente. No creo que haya nadie que pueda vivir desvinculado de su pasado; incluso me atrevería a decir que no hay primera novela, y aun el conjunto de la obra literaria de algún autor, que no sea más que autobiográfica, y no sólo me refiero a Marcel Proust cuando come aquella mítica magdalena que desata su memoria y se enlaza con su abuela. Creo que todos de alguna manera tenemos la nostalgia como uno de nuestros motivos fundamentales de sentir y de pensar. Recuerdo ahora la frase de Ortega y Gasset: “El hombre es el único animal que se pega dos veces con la misma piedra”. Es decir, por más memoria que tengamos, a veces la perdemos y volvemos a cometer los mismos errores; creo que en la parte sentimental, en la parte emocional, siempre hay una gran referencia al pasado. Mis personajes están instalados en el recuerdo, en la nostalgia, y sólo uno de ellos sale de ese mundo, de ese universo familiar; decide cerrar ese pasado de conversaciones, ese pasado de cuadros que veía en la casa, de fotografías, de sentimientos que lo acompañaban.

—*Por ello muchos lectores se han visto reflejados en tu obra. A cuatro meses de haber salido ya se encuentra en su cuarta reimpresión; ha tenido una gran aceptación de los lectores. Sin lugar a dudas esta novela te va a obligar a escribir una siguiente.*

—Así como algunos dicen que sufren la novela, que es como un parto, para mí cada palabra que escribí fue un disfrute total. Lo que más disfruté fue el recorrido; como en aquel poema “Ítaca”, de Kavafis, el asunto no era llegar al lugar, sino el recorrido en el mar. Eso ha sido para mí. Como debe ser la vida.

Rafael Tovar y de Teresa, *Paraíso es tu memoria*,
México, Alfaguara, 2009.

Ángeles Mastretta, *La emoción de las cosas*

En el libro *La emoción de las cosas* (Seix Barral, 2012), Ángeles Mastretta nos confía que apela a tres cosas: la memoria, la literatura y la familia, pero a la vez se permite explorar diversos tiempos generacionales, entre ellos el tiempo de los padres y el de los hijos.

Mastretta parte de la muerte de su madre, de los sentimientos que se entretajían en su familia, de escenas dolorosas —como cuando su padre decide incinerar a su esposa—; todo ello para conformar lo que podría definirse como una oda a la finitud y al mismo tiempo a lo infinito, pues la autora deja claro que entre padres e hijos, entre generaciones y en la vida humana en general, la historia tiende a repetirse.

Se trata de un libro que Mastretta entrega al lector con sencillez y con humildad. Siempre es más agradable regalarles a los otros un mundo nuevo, uno al que se puedan ir de viaje, de principio a fin; pero éste, afirma Mastretta, es su propio mundo.

—Entiendo que éste es un libro de no ficción; es la historia de tu familia, una historia en la que se entrelazan México e Italia. La emoción de las cosas, ¿la emoción de las cosas de tu vida?

—Claro, de mi vida, y muchas veces de la vida de los demás, o de mi relación con la vida de otras personas. En realidad, éste es un libro que apela a tres cosas: la memoria, la literatura y la familia. Hay mucho de la vocación que te hace escribir, de la voluntad que te pone a recordar y de la urgencia de tus seres queridos; porque, por supuesto, la familia se amplía:

los seres queridos que te hacen estar vivo y poder escribir. Mi primer impulso fue escribir un libro sobre quiénes eran mis papás antes de conocerse y cómo se encontraron. Lo empecé a escribir y siempre llegaba a los hijos, y empezaba otra vez y llegaba a los hijos; eso lo puedes constatar porque hay varios capítulos que comienzan con textos cortos, como si fueran el principio de una novela. Los escribía y a las cuatro páginas decía: "Esto no es una novela; esto es una memoria". De pronto me encontré con que tenía de todo y no quería desperdiciarlo, pero tampoco podía armarlo como un libro de principio a fin, como cuentos un cuento de había una vez y colorín colorado. Tenía que estar escrito así, suelto y entregado con toda humildad a los lectores. No siempre se puede saber todo de los papás y hay que buscarlo hasta donde uno llegue, asociarlo con quién es uno. Por ejemplo, recordé cómo mi mamá organizaba la navidad; me acuerdo dónde estaba mi papá y dónde estábamos nosotros, y cómo funcionaba eso. También recuerdo cómo mi papá colgaba su bandera el 1 de septiembre para celebrar todo el mes; era una bandera enorme, verde, blanca y roja. En realidad era una bandera italiana porque no tenía águila, pero él la tenía guardada desde cuando su padre había sido cónsul; entonces poníamos la bandera y ya todo mundo se hacía al ánimo de que también era mexicana para efectos prácticos. Uno de los textos da cuenta de cómo vivíamos el mes de septiembre. Mi pequeña familia y la ampliada, con los tíos, las tías y los abuelos.

También evoco cómo era mayo, cómo eran los días de campo, el río de mi infancia, el colegio. Comienzo de una manera triste; la historia la inicio tras la muerte de mi mamá y al poco tiempo la de mi papá. Lo incineramos también, y al día siguiente de que murió mi mamá tuve dos cajas con cenizas, y una de ellas me derrumba porque tiene dentro a la mujer que un día antes estaba viva; la otra me alegra porque hacía 35 años que no sabía nada de ese hombre y de repente ahí estaban sus cenizas. Las cenizas de mi papá, es chistoso, pesaban más que las de mi mamá; mi papá sí debió haber sido



Blanca Charolet

Alfonso Martínez Córdoba (1979) es periodista. De 2000 a 2006 fue conductor de radio en diversas emisoras. En 2001 obtuvo el primer lugar en el Certamen Nacional Juvenil de Debate Político del Instituto Mexicano de la Juventud (Imjuve). Entre 2009 y 2012 fue vicepresidente de Efekto TV, donde logró consolidar una oferta noticiosa plural y crítica en la televisión restringida en México. Entre 2011 y 2012 condujo el programa *Camino a Los Pinos*.

En 2008 inició *Contraportada*, emisión originalmente transmitida por el canal TVC, y después por Efekto TV. A lo largo de una década ha entrevistado a los más destacados escritores contemporáneos de México, y algunos otros de Hispanoamérica, sobre temas muy variados. En más de trescientas entrevistas, los autores han conversado tanto de política exterior como de gastronomía, literatura, derecho o economía. Por ese trabajo recibió el Premio Nacional de Periodismo 2008 del Club de Periodistas de México, así como el Premio Salvador Novo de la Asociación Nacional de Locutores, en 2011.

También se ha desempeñado como titular de Comunicación Social en diversas instituciones públicas y privadas.



más pesado que mi mamá, pero no mucho más. Me provocaban sensaciones encontradas. Este texto está marcado por una conversación en la que mi mamá me dice: “Hija, no inventes que estoy aquí; yo sigo viva y no le digas a tu papá que me morí. Ya no lo preocupen con eso; tú mejor dedícate a ayudarlo a él porque yo todavía no me quiero morir”. Entro al libro por un texto triste, y el que sigue a ese texto triste describe quién era mi papá, dónde vivía cuando era niño; luego ubico a mi mamá, dónde estaba sentada, después cómo celebraron la boda. Así empieza el libro, y avanza a través de la infancia, los días del colegio, la clase de costura.

—¿*Infancia es destino?*

—Sin duda; yo tuve una infancia feliz, y por ello la culpo de mi falta de temas. Buena parte de los escritores, muchos de los grandes escritores incluso, tuvieron una infancia tristísima, y hurgan en ella por mucho tiempo, la cuentan y se salvan contándola. Yo no necesito salvarme de mi infancia porque me divertí mucho. La cuento con alegría y para recordarla. No para evocarla y desaparecerla, sino nada más para traerla, sin melancolía, probablemente con nostalgia. Para que este tiempo sea bueno hay que recordar aquél también.

—*Nos hablabas de tu infancia feliz. Sin embargo, en este libro hablas de dos tipos de pérdidas: la de la infancia misma y la de los personajes que la habitaron y la hicieron feliz.*

—Sí, hablo de las pérdidas sin duda, y de cómo te marcan, te cambian la vida. La vuelven distinta; no es lo mismo cambiarla que volverla distinta. Te la cambian si se muere tu papá y no tienes cómo vivir si él no está. En mi caso, el cambio probablemente habría ocurrido si hubiera decidido regresar a Puebla a ver qué hacía ahí. Pero cuando digo que te vuelven la vida distinta: me refiero, por ejemplo, a que quise estudiar periodismo en la universidad, me organicé y me volví una persona distinta; eso me ayudó muchísimo. De repente comienzo a sopesar la gran desolación que habría experimentado si hubiera ocurrido la muerte de mi papá. Imagino que me habría vuelto una niña tímida, que habría regresado a Puebla,

me habría casado no sé con quién, porque ya casi era medio solterona (a los 21 años eras solterona; yo tenía 20, así que en un año más sería solterona). No sé qué hubiera pasado. A lo mejor, si mi papá no hubiera muerto o se hubiera quedado enfermo, yo habría regresado a Puebla a cuidarlo, no habría querido dejarlo solo. Aunque sólo fuera para dejarlo con mi mamá, pero yo tenía esa relación; sentía como que lo protegía. No sé ni de qué; de sí mismo, seguramente. Mi papá tuvo una infancia feliz, pero su juventud fue bastante desolada. Mi abuelo era italiano emigrante y cuando mi papá tenía 14 años lo mandó a Italia a que se volviera italiano; de hecho se volvió italiano porque estuvo ahí de los 14 a los 23, y su educación fundamental fue en ese país. Luego regresó a México un año y se dio cuenta de que las cosas que había aprendido en Europa sólo funcionaban en Italia. Había estudiado ingeniería automotriz. Se regresó a Italia a trabajar y, ¡oh, catástrofe!, vino la guerra. Permaneció en Europa durante la guerra y nunca habló de ello a su regreso. Sabíamos que él había hecho el servicio militar cuando era joven, pero bien a bien no supimos qué le sucedió durante la guerra. Mi mamá no se lo preguntó nunca; rarísimo.

Mi mamá era muy joven; tenía 22 años, era 12 años menor que él, y no le importaba en lo más mínimo el pasado. Ella estaba puesta en “yo me quiero casar, quiero tener hijos”.

—*¿Qué tan importante crees que haya sido esa actitud de tu madre en la vida familiar?*

—Creo que la actitud de mi madre no era responsabilidad de ella; yo creo que era más bien de mi papá. Mi mamá era muy respetuosa y él no quiso hablar de la guerra. Con el tiempo he descubierto que del lado que sea que estuvieran los españoles, los judíos, los italianos, no les gustaba hablar de la guerra. El papá de una amiga mía judía me dice que nunca habló de la guerra. Mi papá regresó y no habló de la guerra. Es más, nosotros no aprendimos italiano de él: yo fui a estudiarlo a la Dante Alighieri y mis hermanos no lo aprendieron.

Mi papá era muy chispa; infancia es destino, eso sin duda. Vivió en México desde su nacimiento. Nunca notabas que mi

papá fuera un señor que había vivido en Italia y era de ascendencia italiana. No tenía ni acento; tampoco se remitía a Italia con frecuencia. Era muy bueno guisando espagueti y era un apasionado del café exprés; esos dos insumos de Italia se encontraban presentes en nuestra vida diaria. A mí no me daba tiempo de estar recordando nada; yo creo que a mi papá sí, y a la vez quería pasar la página. Es una cosa que uno no entiende bien; pero veo que es común y frecuente. Mi papá era un personaje entrañable, por un lado divertidísimo, muy simpático, por otro, melancólico, buen escritor. Escribía para los periódicos de Puebla, y cuando se murió nos encontramos un diario magnífico que si lo lees te inhibes y te dices: “Ya para qué escribo, si esto es maravilloso”. Es un diario que abarca ocho días de su vida, como para tomarlo y robárselo. Eso pasa por el libro, pero auténticamente pasa. Hubiera querido contar qué hacía, cómo eran las calles, cómo decía algunas palabras, frases, si lo llamaron a la milicia, cuánto tiempo estuvo. Fuimos a buscar a su ex novia cuando mi mamá se murió; la fuimos a buscar a Italia: esa historia la cuento; se llama “La bella Mariú”. Cuando escribí *Mujeres de ojos grandes*, ella se puso en contacto, pues recibió la noticia de que mi papá había muerto, lo menciono en la dedicatoria del libro: “Para Carlos Mastretta, que regresó de Italia”. Entonces ella me dijo: “Te quiero decir que él fue mi primer amor. Era mucho más grande que yo, pero durante los bombardeos nos cuidaba y nos contaba historias; yo me enamoré de él muy chica. Y luego, cuando él se fue, me casé y tuve hijos, y los quise mucho y estoy muy contenta. Pero te quería decir eso”. Nos escribimos un tiempo; luego mis hijos me avasallaron con su existencia, porque cuando los niños van creciendo... Es por ello que voy entendiendo a mi mamá al no preguntar por el pasado; porque cuando los niños están creciendo lo único que te fascina es el presente, adónde van y qué quieren y qué les duele y qué los alegra. En esa etapa me olvidé de Mariú, y cuando asistí a un encuentro anual de escritores que se llama Lecciones y Maestros, en Santillana del Mar, en 2009, unas italianas fantásticas del *Corriere della*

Sera me hicieron una entrevista que luego publicaron. Mariú me mandó una carta en la que aclaraba que seguía viva —durante la entrevista dije que no sabía si Mariú seguía con vida—: “Claro que estoy viva. Tengo las piernas débiles, pero la mente brillante, llena de memorias extraordinarias”. Mi hermana y yo fuimos a buscarla. Nos recibió con una mesita puesta, muy bien organizada, y nos dijo: “Este mantel lo bordó mi mamá cuando yo me casé”. Qué cosa tan rara haber sacado el mantel de su boda para recibir a las hijas de su ex novio. Nos puso unas tazas de té finísimas, de esas que las ves a contraluz y son transparentes; nos sirvió un té delicioso y unos panecitos, y conversó mucho sobre mi papá y de sí misma. Al día siguiente nos encontramos para comer. Total, fueron tres días de tratarla; para cuando nos despedimos de ella ya íbamos en la lágrima todas, ya éramos de la misma familia. Empiezo a contar esa historia en tercera persona; empiezo diciendo: “Cuando se despidieron las tres, llovía”, y voy contando qué hicieron las tres en un párrafo muy corto. Y luego me interrumpo preguntándome: “¿De verdad crees que puedes contar esto en tercera persona?” Esto no se puede contar en tercera persona; es algo que te pasó de manera entrañable, y tienes que contarlo en primera persona: ¿quién eras tú en ese momento?, ¿quién era ella para ti? En el mismo texto cambio a la primera persona; por eso te digo que este libro también se trata de literatura. Porque, cuando hago eso, lo que le estoy diciendo al lector es: “Involúcrate; esto te lo pude haber contado, pero también te cuento esto”.

—*Ésta es tu obra más reciente, pero no podemos dejar de recordar una obra tuya memorable; cuando escuchan el nombre de Ángeles Mastretta todos piensan en Arráncame la vida. ¿Qué paralelismos encontramos en tus dos obras?*

—Estudié periodismo en la UNAM; entonces yo consideraba que incluso si iba a hacer ficción tenía que dar testimonio, exactamente, muy periodístico. Y a mí me pareció que, si yo quería hacer ficción, un testimonio importante era el de encontrar quiénes habían gobernado Puebla antes de que yo

naciera, un poco antes, cuando mi mamá era joven. Había cinco grandes caciques con sus ayudantes; no todos eran grandes caciques. El dueño de *El Sol de México*, García Valseca; Manuel Espinosa; Jenkins; Maximino, y Alarcón: a estos cinco personajes decidí volverlos uno. Por eso digo que yo no cuento la historia de Maximino; parte de la historia de este señor alumbró mi libro, y a mí me pareció muy interesante que él fuera un tipo arbitrario y hasta simpático. La narración corre a cargo de una mujer muy agradable, y este personaje encarna el modo como se ejerció el poder en aquella época. La voz narrativa de *Arráncame la vida* es un invento. Es un yo inventado: esa mujer no existió; es la que yo le quise contraponer a ese cacique, y sí, un poco soy yo. Por eso a veces la novela es anacrónica. Lo que quiero decir es que ella no se comporta como se comportaron las mujeres de ese señor; se comporta como una mujer de la década de 1980 frente a un tipo así. O como se querría comportar una mujer echada para adelante frente a un tipo así. Y resultó ser una mujer muy simpática.

Por esas épocas yo conversaba con Renato Leduc, que es mi poeta más querido y un hombre que admiré y quise muchísimo. Era 30 años más grande que yo y me contaba sobre ese mundo con naturalidad y diversión. Entonces Catalina empezó a hablar... Como tú notarás, yo no hablo como Catalina: ella lo hace todo el tiempo con chingadazos y chingaderas; así hablaba Renato. Yo no me di cuenta de que la voz de Catalina se parecía a la de Renato Leduc, quien no alcanzó a leer *Arráncame la vida* terminado. Cuando salió el libro ya había muerto. Y éste es el momento en que lloro. Era un tipo encantador y me contó muchas cosas, me enseñó mucho del pasado. Y de la ironía con que había que mirarlo. Un día García Valseca estaba en una cena y le dijo: "Oiga, Renato. A ver, usted que es tan chingón, venga para acá y enseñenos una cosa, porque aquí no la entendemos". Y Renato dijo: "No, no. Yo soy muy chingón, pero de hoy para mañana; ahorita soy un pendejo que ya se quiere ir con una mujer que me está esperando aquí abajo".

La mujer de la novela se parece a mí en ciertas cosas; no que yo las hiciera, sino que las hubiera hecho en el mismo caso de esta historia. Lo sé; me hubiera portado así. La trama está hecha de puras mentiras. Ocurren situaciones que se registraron en la realidad histórica; otras las inventé porque de en ese mundo idílico de *La emoción de las cosas* la infancia debía ser protegida. El candor era valioso y había que protegerlo y cuidarlo; como parte de eso, yo les decía a los niños: “Niños, váyanse al jardín”. Cuando empezaba una conversación importante entre los adultos, yo me escondía atrás de los sillones y me quedaba oyendo, y oía las maldades terribles del señor Maximino, de Alarcón o del otro Espinosa, de todo el equipo que había gobernado ese mundo y lo seguía gobernando, pues lo heredaron cacicazgo tras cacicazgo. Cumplí 10 años y me parece que gobernaba un hermano de Maximino. Todo lo fueron heredando. Luego Díaz Ordaz se convirtió en Presidente de la República; en realidad era una cadena muy bien organizada. Yo oía historias de esto y se me fueron grabando. Mi mamá —que no se puede decir que le gustara mucho conversar— no era nada chismosa, pero esto la conmocionaba mucho; entonces me contaba sus reflexiones. Mientras escribía el libro ella me veía como diciendo: “No es cierto; así no fue”. “En efecto, mamá; así no fue: yo lo inventé.” Pero mi mamá hubiera querido que fuera más veraz, y cuando la gente lee la novela cree que fui veraz y dice: “¿Así fue fulano?” “No, no era así”, respondo, pero nadie me cree.

—*En La emoción de las cosas removiste los recuerdos de la infancia, las cosas buenas, una infancia feliz, pero sin duda también hay momentos dolorosos, como la pérdida del padre. ¿Qué opinas? ¿Hay que remover esos momentos, hay que recordarlos?*

—Creo que sí, claro, sin duda; hay que recordarlos. El escritor es eso: un contador de historias; a mí no me gusta hablar del escritor como si fuera un sacerdote, como si tuviéramos poderes extraños o como si fuéramos seres superiores o especiales. No; somos narradores, y cuando tú cuentas convocas la historia del otro. Si yo hablo de mi mamá tú piensas en la

tuya; si yo hablo de mis hermanos tú piensas en cómo eran tus hermanos. Si yo hablo de mi muerte acompaño a otros en su muerte. De eso me he dado cuenta con este libro; la gente a veces se forma para que le firme un ejemplar y se están largo rato en la fila. Algunos son muy generosos, pues cuando llegan ya leyeron una parte, y entonces me dicen: “Ay, no sabe, cuando murió mi mamá, así me pasó a mí”. Vienen emocionados. Es gente a la que le prestas un espejo; cuando tú te reflejas ellos pueden ver lo suyo. De eso se trata en los libros confesionales... En una novela como *Arráncame la vida* o *Mal de amores* te ves de lleno en la historia de alguien más, e ineludiblemente te relacionas con él.

Es lo que pretendí hacer en este libro; no pude hacer otra cosa. Por eso digo que lo entrego con sencillez y con humildad. Siempre es más agradable regalarles a los otros un mundo nuevo. Uno al que se puedan ir de viaje, de principio a fin, y lo que yo hago aquí es una entrega de los retazos que constituyen mi mundo. Cuando haces un libro tú inventas a los personajes y te puedes dar el lujo de hacerlos completos. Cuando te falta algo se lo pones: cómo se vestía; aquí le pongo un vestido; qué comió: aquí le doy de comer. No necesariamente recuerdas cómo estaba la gente vestida, no necesariamente te acuerdas de todo. Ésta es una historia que se va completando; armas un rompecabezas, y yo espero que se quede en el ánimo de los otros.

Ángeles Mastretta, *La emoción de las cosas*,
México, Seix Barral, 2012.

Guillermo Osorno, Tengo que morir todas las noches. Una crónica de los ochenta, el *underground* y la cultura gay

El bar El Nueve, de Henri Donnadieu, es el escenario del libro *Tengo que morir todas las noches. Una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay* (Debate, 2014), de Guillermo Osorno, quien conjuga la crónica, la entrevista y la anécdota novelizada para desentrañar los recuerdos de un espacio que ocupó un lugar central en la historia de la Ciudad de México, el cual comenzó como un bar gay, pero con el paso de los años se convirtió en un centro *underground* y casa de la contracultura mexicana.

En esta entrevista Osorno explica que Henri Donnadieu le inspiró el título de su libro al confiarle que debía morir todas las noches para renacer al día siguiente, pues mantener un lugar con una oferta cultural como la del bar El Nueve no era cosa fácil. El autor narra también los problemas en los que terminó aquella aventura, cuando los dueños del establecimiento decidieron construir un gran salón con discoteca en la calle de Varsovia y prácticamente fueron censurados por las autoridades capitalinas. Sin duda una charla muy ilustrativa sobre el pasado reciente de nuestra urbe, en esos tiempos setenteros y ochenteros en que la vida nocturna comenzaba a mostrar otros colores.

—Guillermo, en este libro registras un lugar que muchas veces escapa a la memoria colectiva de los capitalinos, de la ciudad y de la cultura; se queda fuera del registro para cumplir con la etiqueta. Ese lugar fue en primer término un bar, un lugar de encuentro,

y posteriormente termina siendo un centro cultural que creó Henri Donnadieu. Cuéntenos por favor de este personaje, de este lugar y de cómo surge esta crónica.

—Este lugar era una especie de mito urbano, vamos a llamarlo de esa manera; para quienes estuvimos ahí es un lugar del que guardamos muy buen recuerdo. Yo mismo me olvidé de ese bar durante muchos años, hasta que en 2004, cuando editaba una revista que tenía que ver con la Ciudad de México, alguien me hizo una mención sobre el bar El Nueve de Henri Donnadieu. Lo recordé, me intrigó saber dónde estaba Henri, si se encontraba en México, si había muerto, si había desaparecido. Finalmente lo localicé: trabajaba en un pequeño restaurante del Centro Cultural del Bosque. Fui a su encuentro, nos identificamos; él no necesariamente se acordaba de mí. Le dije que quería escribir algo sobre el bar El Nueve; mucha gente tenía buenos recuerdos, estaba en la cabeza de muchas personas, y a lo mejor valía la pena recordar. Henri me empezó a contar historias de El Nueve y me asombró porque era información que no conocía; eran cuestiones que ocupaban un lugar central en la historia de la ciudad; historias muy interesantes, con grandes personajes. Así comencé a elaborar esta crónica. Pasaron muchos años hasta que finalmente concreté este libro. *Tengo que morir todas las noches* cuenta, en efecto, la historia de este pequeño establecimiento que, como bien mencionas, empezó como un bar gay, pero con el paso de los años se convirtió en un centro *underground* y casa de la contracultura en México.

—*Entre las fotografías que incluye el libro y que lograste rescatar aparece lo mismo María Félix visitando el bar que muchos otros personajes de la cultura mexicana. ¿Cómo armonizaba un lugar que iba a contracorriente de la cultura con la presencia de destacados miembros de la sociedad mexicana?*

—Era muy simpático. En efecto, en este lugar concurren personajes tan diversos debido en buena medida a la personalidad de Henri Donnadieu y de su socio Manolo Fernández. Tenían al mismo tiempo un programa cultural y una ambición

de figurar en sociedad. Los miércoles invitaban a las grandes actrices y los actores del momento a unos cocteles que ellos mismos hacían; por eso hay fotografías que registran a María Félix, a Silvia Pinal, a Sasha Montenegro, a Rafael Inclán, a todos los actores de la época. Pero los jueves cambiaban de tono, sobre todo a partir de 1986: invitaban a los grupos emergentes de rock. Ahí tocó por primera vez Café Tacuba, acudía con regularidad Maldita Vecindad; Las Insólitas Imágenes de Aurora, hoy Caifanes, también estuvo en el bar, al igual que muchos otros grupos, como el Tri, que ya era emblemático. Existía cierta efervescencia cultural porque no sólo había tocadas de rock; también se organizaban otros eventos, *performances* y exhibiciones de arte. Era una combinación muy extraña que habla de una época y de una conformación de la contracultura de la Ciudad de México. A lo mejor es un poco nostálgico. Esto sucedía quizá porque la ciudad era más pequeña; pero, en efecto, era una combinación expresiva, interesante, divertida, de distintos mundos en un lugar que no medía más de 60 metros cuadrados y se ubicaba en el primer piso de una pequeña casa en la calle de Londres.

—¿Qué pasa con *El Nueve*, por qué desaparece?

—Henri Donnadiou y Manolo Fernández tienen una idea casi desde principios de la década de 1980, pues el lugar les quedaba chico. El bar *El Nueve* se inauguró en 1978; en 1983-1984 ya era un éxito. Henri Donnadiou era una figura con una presencia cultural destacada, porque entonces se había convertido en un productor de teatro muy importante. Henri y Manolo abren además un restaurante que también se hace muy famoso, adonde acude toda la alta sociedad de México, así que piensan que un local de 60 metros cuadrados es poco. Para entonces inician la construcción de una discoteca de cinco mil metros cuadrados en la calle de Varsovia, la cual tardan mucho tiempo en abrir porque se convierte en un proyecto caro, cada vez más ambicioso. El sitio termina teniendo un pequeño salón de conciertos, un teatro, un salón VIP. Era un centro muy grande, pero ya las autoridades no toleran este asunto;

Prólogo

Sería posible construir una montaña de buen papel, un río de tinta, un enorme continente de ideas con las aportaciones que, por décadas, acaso siglos, hemos obtenido del más ambiguo género (ora literario, ora periodístico) que es la entrevista.

El entrevistador es, por definición, el que entrevé, el que nos toma de la mano para distinguir, entre las pulsiones del otro, sus motivos expresos u ocultos, incluso inconscientes: el entrevistado, que a querer o no se vuelve personaje por encima de su obra; es aliado, víctima, contendiente en la tensión entre quien desea entrever y el que no está del todo dispuesto a ser mostrado, expuesto, diseccionado.

Plumas más disciplinadas que la de quien adelanta estas letras en torno a *Conversaciones*, de Alfonso Martínez Córdoba, han creído encontrar el rastro de la entrevista hasta los tiempos de la Grecia clásica, cuando el acto de conversar, precisamente, adquirió la forma de una metodología filosófica y, al mismo tiempo, de un arte que conducía a la comprensión del alma, del mundo y del alma del mundo. Dialogar fue uno de los métodos para llegar al conocimiento y a la perfección moral, según ha escrito Felipe Vázquez, crítico literario y editor.

La entrevista sería de esta manera la hija moderna (acaso un tanto bastarda, pero a fin de cuentas heredera) de los coloquios filosóficos de la Antigüedad, que tendrían su lado más digno y noble al construir una *conversación*.

El que entrevista construye un espacio tenso entre la litera-

empiezan a poner trabas y les advierten de manera muy clara que tienen que esconder el aspecto gay del centro cultural. Sin embargo, en el momento de la inauguración eso no se puede ocultar; se trata de la gran salida del clóset, por decirlo así, de la vida nocturna. En la inauguración se encuentra presente todo el mundo, toca Maldita Vecindad; así revive El Nueve en 1989. Entonces viene un primer cierre. Ya habían invertido cinco millones de dólares; solamente abren tres noches y un mes después van contra El Nueve, lo clausuran, y un año después se termina. Y se termina el relato. Obviamente, para la vida de los personajes en cuestión es un final no feliz. Es decir, se termina una aventura de casi una década de invención cultural y nocturna. Pero una moraleja del libro es que la combinación tan afortunada de este bar dio inicio a una época mucho más tolerante, y que muchas de las ideas que se gestaron allí son nuestras ideas modernas acerca de la ciudad y de la cultura.

—*Una historia apasionante la de este lugar que, como apuntas, tuvo una década de auge. Fue algo extraño seguramente, y la autoridad que quiso apagar esa expresión tiene nombre y apellido. Pero volviendo a tu libro, ¿por qué el título?*

—“Tengo que morir todas las noches” es una frase de Henri Donnadieu. Él me confió que después de 1985-1986 —debo subrayar esto porque en 1985 ocurre el temblor en la Ciudad de México, hubo una presencia de la muerte muy dura en la ciudad, pero también es cuando prolifera la prueba para detectar el virus de inmunodeficiencia humana (VIH), cuando la gente puede ir y hacerse un análisis de sangre; antes sólo sabías que estabas infectado cuando ya tenías todos los efectos encima—, los amigos de su círculo comenzaron a morir, otros a enfermarse. La sensación de que la vida se está acabando hace que la fiesta suba de volumen. En vez de apagarse, le suben al volumen. Entonces Henri, para soportar esas noches, decía que él tenía que morir para poder renacer al día siguiente. Para mantener un bar con un programa cultural y eventos se necesitaba cierta imaginación. Era una combinación entre

tan amplias de la ciudad ¿cómo valoras la vida de la capital, la vida nocturna?

—La historia de El Nueve es única: una vez que desapareció, no se ha repetido la misma combinación en la Ciudad de México. En el epílogo argumento que es el inicio de otros fenómenos que marcaron a la ciudad. Vamos a ponerlo simplemente por el lado de la música. En 1985 todavía era difícil que se hicieran conciertos, que tocaran grupos de rock; para 1990 el mercado se da cuenta de que esto funciona, y hoy en la Ciudad de México hay conciertos a diario, donde tocan cientos de grupos de jóvenes de rock, de música pop. Está el Vive Latino, está el Corona Capital. Es algo que se hizo parte de la vida de la ciudad, pero tuvo sus orígenes en este y otros pequeños bares de gente que autogestionó su propio mundo. La idea de autogestionarse, crearse la propia escena y ponerla a andar me gusta mucho como espíritu. En el fondo, el libro es el retrato de una generación, la que nace en la década de 1960 y que es joven en 1980; es una generación con sed de globalización, que empuja los límites a los que está constreñida por las crisis económicas, por un país cerrado, culturalmente conservador. Es una generación que va removiendo las aguas. Muchos de sus actores hoy son culturalmente muy importantes. Me refiero a gente como los hermanos Cuarón, muchos artistas plásticos, los propios rockeros que he mencionado. Entonces creo que sí se puede establecer un vínculo. En la década de 1980 la Ciudad de México estaba condenada; el temblor y la contaminación eran problemas que parecían insuperables. Hoy el prestigio de la ciudad es otro. Es una urbe deseable para vivir, con bicicletas y culturalmente muy rica; ése es el tubo por el cual se comunican muchas de las ideas de la década de 1980 en 2014. Pero no hay una escena igual; hoy es distinta, diversa. Esto me lleva a decir que éste no es un libro nostálgico. Si lo lee mi generación a lo mejor tirará una lágrima, porque se acordó de algún personaje, porque hay algún amigo mencionado; pero lo que más me ha impresionado

hasta ahora es que los jóvenes lo están leyendo, y lo están leyendo para entender la ciudad en la que viven ahora.

—*A fin de cuentas, la historia no es feliz; no fue un final alegre el de este lugar y el de quienes lo dirigieron. Pero cuéntenos: ya vimos cómo termina El Nueve y el Metal, ¿cómo termina Henri Donnadieu?*

—Henri Donnadieu es un gran personaje. En el libro narro toda su vida, y te das cuenta de que hizo fortuna varias veces y perdió esa fortuna varias veces; tiene alma de aventurero. En realidad este espíritu es lo que lo ha mantenido hasta el día de hoy muy entero, creo que hasta optimista. Es una persona a la que le gusta vivir, y aunque materialmente ahora está al frente de un pequeño restaurante de churros y comida típica en el sur de la ciudad, cuando hablé con él lo único que lo entristecía era recordar a sus amigos muertos. Todo lo que le ha pasado es parte muy vital de su constitución, y eso lo hace un personaje sumamente atractivo. Henri Donnadieu estuvo en la presentación que hicimos y ahí declaró, frente a 200 o 300 personas, que era un hombre muy feliz y muy optimista.

—*¿Tengo que morir todas las noches para...?*

—Renacer al día siguiente.

Guillermo Osorno, *Tengo que morir todas las noches. Una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay*, México, Debate, 2014.

CONVERSACIONES

Forma parte de la colección Periodismo Cultural. Se empleó en su composición el tipo Veljovic. La impresión consta de 1 000 ejemplares. Lo terminó de imprimir la Dirección General de Comunicación Social y la Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Cultura, en los talleres de Ediciones Corunda S.A. de C.V., Av. Tlaxcala No. 19, Colonia San Francisco, Delegación La Magdalena Contreras, C.P. 10810, Ciudad de México, en el mes de diciembre de 2018.

tura, el periodismo, la biografía y la crítica, y muchas veces traza, al andar, un nuevo camino.

Samuel Gordon (Kazajstán, 1945) es considerado un reinventor del género en lo que a entrevistas con escritores se refiere. En su multicitado *Palabras sin límites. Conversaciones con escritores*, establece que conversar es “una forma de reconocimiento del otro, es ingresar en su mundo y compartir su vida. Es el reconocimiento recíproco de dos conciencias”.

No es extraño que en las antologías de entrevistas con escritores se transmita una pugna, a veces poco sutil, entre egos muy robustos, puntos de vista, posicionamientos ideológicos, dogmatismos y testimonios variopintos. En más de un caso nos encontramos no ante un concierto de voces e inteligencias, sino frente a un bestiario.

El esfuerzo de Alfonso Martínez, un hombre atraído desde la adolescencia por la política, el periodismo, la cultura y la música (mientras más bohemia, mejor), toma su propio derrotero y alcanza un puerto afortunado. *Conversaciones* es un libro colocado en la mejor tradición del género. Ésta se honra cuando surge un texto que parece escrito a dos manos: la del entrevistado que vierte la idea y la del entrevistador que la conduce. Por lo tanto, se trata de una obra colectiva cuyo pretexto es el quehacer del personaje (la vida cotidiana, la historia, la política, el combate a la desigualdad, el poder, las libertades...), que ha sido expresado en la forma de un libro.

Conversaciones resume entrevistas con una provocativa mezcla de autores seleccionados con una lógica que sólo Martínez Córdoba podría explicar. El lector imaginará sin duda que la lista fue caprichosa y que incluyó a aquellos que despertaron en Alfonso más curiosidad, morbo, capricho, admiración o asombro. Con ellos conversó sobre nuestras herencias culturales, la pasión por la familia, el dolor de la violencia y el bálsamo de la religión, la muerte de los seres amados y, muy en particular, sobre los laberintos en los que en México nos extraviarnos buscando nuestro destino.

En mi intento por identificar las motivaciones que alentaron

a Alfonso Martínez a presentar en forma de libro estas *conversaciones* encuentro también la aguda noción periodística que ha animado en más de una etapa la trayectoria del autor.

Por ello creo que en la selección de entrevistas que el lector tiene ahora en sus manos se puede hallar una bitácora para navegar en el complejo México del final de la segunda década del siglo XXI, cuando presenciamos un sacudimiento en muchos órdenes de la vida de la nación, desde la política hasta la sexualidad, las artes, la arquitectura, nuestro lugar en el mundo o, incluso, la gastronomía. Y no sólo por la emergencia del movimiento social que llevó a la Presidencia de la República a Andrés Manuel López Obrador en diciembre de 2018; también por la necesidad de echar mano de algunas inteligencias lúcidas para entender mejor el territorio que pisamos, el origen de dónde venimos y la ruta hacia un futuro que desde hace mucho tiempo dejó de ser lo que era.

Por las páginas de *Conversaciones* discurren las certezas y las reflexiones de autores de primera línea, quienes, gozando de reconocimiento internacional en sus ámbitos de labor creativa, hablan de sus respectivos libros, de reciente aparición al momento de las entrevistas. La relevancia de los temas abordados radica en su vigencia plena.

En este libro se pueden encontrar conversaciones con Rafael Tovar y de Teresa, Jorge Volpi, Javier Sicilia, Álex Grijelmo, Ángeles Mastretta, Federico Reyes Heróles, Jorge Ramos, Jorge G. Castañeda, Enrique Krauze, Eduardo Matos Moctezuma, Lydia Cacho y Denise Dresser, entre muchos otros no menos relevantes.

Incluso repasar la galería de autores puede causar mareo, insomnio o un apetito lector desmedido. Como alguna vez sugería Julio Cortázar para su *Rayuela*, a este libro se puede ingresar desde varias puertas y ventanas, siempre con resultados diferentes. El orden en que se lean estas conversaciones atraerá efectos contrastantes, incluso inesperados, lo que supone un tesoro en tiempos de las “cámaras de eco” en las que nos intro-

ducen las redes sociales, donde, frecuentemente, todos piensan igual, lo que es signo de que nadie está pensando mucho.

Tomadas al vuelo, sin una selección predeterminada, las palabras que saltarán al lector en estas conversaciones serán, en todos los casos, una provocación para sentirse invitado a participar en una mesa en la que fluyen charlas imprescindibles para entendernos y para explicarnos.

Por ejemplo, Rafael Tovar y de Teresa, cronista, historiador, una de las voces más brillantes de la cultura mexicana, refiere que “la Revolución borra ese estilo de vida”, ya que identifica la desigualdad como una problemática fundamental que nunca se resuelve.

Javier Sicilia, un sólido escritor de reflexiones nutridas por su pertenencia cristiana, sacudido por la trágica muerte de su hijo bajo la violencia en las calles de Cuernavaca, confirma la descomposición de las instituciones judiciales de nuestro país y la falta de justicia ante un alto número de víctimas a lo largo y ancho del territorio nacional, quienes además han sido despreciadas, humilladas, e incluso criminalizadas.

Por otro lado, Álex Grijelmo, el español enamorado de América Latina, escrutador de nuestro idioma: el castellano, periodista de mente clara que alerta sobre bondades y amenazas de la comunicación contemporánea asegura que “Hay muchos periodistas que no están convencidos de que el idioma es la herramienta. Al final la lengua es el instrumento de la inteligencia, decía Pedro Salinas”. Coincido con él en la importancia del lenguaje, de contar con un léxico amplio, de que en toda profesión se utilice adecuadamente la palabra como herramienta, especialmente en el periodismo.

Una novelista entrañable, rescatadora de historias y de esa memoria que es de todos es Ángeles Mastretta, y justamente en la obra de la que conversa con Alfonso, ella “apela a tres cosas: la memoria, la literatura y la familia”.

Federico Reyes Heróles, como heredero de una estirpe imprescindible en la historia moderna de México, cuestiona factores que —con el uso de herramientas tecnológicas, aumento

de contactos virtuales y disminución de contactos personales— actualmente intervienen para bien o para mal en las relaciones humanas. Esos recursos presentados actualmente como plataformas, dispositivos o aplicaciones no se crearon con instructivos para advertir a los usuarios sobre las posibles consecuencias.

Jorge Ramos, uno de los periodistas más agudos en habla hispana, referente obligado de la comunidad latina en los Estados Unidos, opina de los candidatos presidenciales en las elecciones de 2012, ¡y en qué medida acierta desde entonces!: “No estamos frente a candidatos visionarios, no estamos frente al candidato del cambio; ninguno de los que entrevisté me parece hasta el momento que haya expresado las ideas que van a llevar a México al futuro más allá de 2012”.

Jorge Ramos pone en la mesa el narcotráfico como tema central para esa elección y cuestiona lo que depararía al país durante todo el sexenio siguiente, en una época donde los candidatos se autodestapan mediante redes sociales, rompiendo con la “regla” de no moverse para salir en la foto.

Jorge Castañeda, alguna vez el *niño terrible* de la política mexicana, con capacidad y circunstancia para estudiar el poder desde adentro, describe a la clase política y asegura que “refleja de manera bastante fiel el alma de los mexicanos”, lo demuestra con datos y aporta su visión sobre la manera individualista en la que nos comportamos dentro de la sociedad: “No pertenecemos a grupos, a asociaciones, a partidos, a sindicatos; no tenemos leyes que permitan acciones colectivas”, y concluye que en muchas de las actividades que realizamos somos más individuales que colectivos.

Y, desde luego, está Enrique Krauze, historiador indispensable del México moderno, intelectual liberal con voz de amplias proporciones. Es muy complejo entender nuestros orígenes como nación y los ejes que la atraviesan sin su mirada larga y sus ideas perseverantes. Expresa que en su libro presenta una historia de la idea revolucionaria y de la pasión revolucionaria, a la que llama “redentora” porque tiene una connotación reli-

giosa, y considera que “es el modo en que se vivió y se vive aún la idea de revolución en América Latina”.

Conversaciones es una aventura para caminar junto a estos hombres y mujeres, sus historias e ideas, de la mano de un anfitrión agudo y generoso. Que lo disfruten.

Roberto Rock
Otoño de 2018.

Introducción

¿Qué es una conversación? Si nos ceñimos al sentido estricto del término, es la acción o efecto de hablar con una o más personas mediante un lenguaje oral, gestual o escrito que transmite ideas, preceptos o información.

El término procede del latín *conversatio* y suele considerarse un sinónimo de diálogo que contiene códigos, canales y conceptos.

Pero ¿cómo evoluciona la conversación cuando los receptores que se convierten a su vez en emisores son personajes que representan lo mejor de la cultura de su tiempo y de su país?

En este libro se pone de manifiesto el arte de la conversación con esos grandes personajes que, a su paso por la trinchera del periodismo, Alfonso Martínez Córdoba ha tenido la oportunidad de entrevistar, y que muestran claramente con sus respuestas que una conversación puede convertirse en tratado, en contexto histórico, en propuesta cultural y política, en anécdota cálida, en espejo de la condición humana y en iluminación.

Conversaciones es un volumen que se integra a la colección Periodismo Cultural de la Secretaría de Cultura como un puente para mostrar la riqueza de esas figuras que han construido, con su obra, gestiones y esfuerzo, el gran andamiaje social, político y cultural de nuestro país desde el último cuarto del siglo xx.

Rafael Tovar y de Teresa, Enrique Krauze, Elena Poniatowska, José Woldenberg, Lydia Cacho, Javier Sicilia, Ángeles Mastretta y Eduardo Matos Moctezuma son algunos de los conversadores